

samiento de la hoja de coca, si ese proceso de la droga no fuese rentable para nadie, al toxicómano se le servirían sus dosis completamente gratis en el ambulatorio, o a doscientas pesetas en las farmacias, con denominación de origen. El toxicómano no tendría que atracar a nadie, no correría el riesgo de morir como un perro inyectándose droga adulterada y no sufriría el infierno de saberse odiado por toda la comunidad. Quedaría, no obstante, su necesidad de drogarse. El problema es éste: un alto porcentaje de jóvenes se drogan porque lo necesitan. Se puede hablar de falta de valores morales consistentes, crisis de identidad (crisis de identidades personales y crisis de identidad social), desempleo testarudo en un contexto de inmundo culto al éxito, decepción ante el cinismo general de nuestra cultura, etcétera. Todo esto son temas usuales en los debates de los políticos, de los educadores y de los moralistas. Son debates legítimos. Pero éste no es ahora nuestro debate. No tengo ahora interés en disipar las páginas de esta celebración a un artista flamenco en un debate inútil. Sí quiero, sin embargo, señalar que cada nacido de madre se anestesia a su modo. Y quiero señalarlo con prudencia, con suavidad, en forma de hipótesis de trabajo que se podría formular así: supongamos que el hecho de que toda criatura nacida de madre lo primero que hace al nacer es llorar es, cuando menos, un hecho significativo. Supongamos que ese trauma original es irreparable. Supongamos que a él se agregan más tarde varios traumas de infancia. Supongamos que más adelante, en la adolescencia, el trauma originario y tal vez los posteriores se cargan de fatalidad. Supongamos que los seres humanos no pueden vivir, literalmente no pueden vivir, al menos en su gran mayoría, con el escozor de la fatalidad. Si aceptamos esos supuestos, lo que sigue es diáfano: cada uno busca afanosamente su anestesia. Las variedades de anestesia son abundantísimas. Excepto los lobos esteparios y los santos (conozco pocos, si conozco alguno, y todos ellos sólo son aproximaciones), cada víctima de la fatalidad busca su dosis de anestesia en la variadísima oferta. Al ser humano le es posible volverle la espalda a la fatalidad mediante el ritual de cargarse de obligaciones, o arrodillándose ante el ritual de cualquier religión, que para eso las hemos inventado, o arrodillándose ante el altar de las ideologías políticas, preferentemente mesiánicas y autoritarias, opio de pueblos, o entregando la libertad a cualquier forma de obediencia, desde a la idea de perfección universal hasta al jefecillo inmediato en el escalafón, o entregándose a la ambición de poder, o creándose dependencias a las que solemos llamar amorosas y que por lo general conllevan la injusticia de hacer responsable a un otro de nuestra —imposible— felicidad, o dedicando las energías intelectuales y emocionales y muchísimas horas a la acumulación de dinero, o haciendo zapping, o jodiendo a todo el mundo mediante el truco de ser intolerantemente vegetariano y no fumador, o yendo al gimnasio hasta los setenta años para no envejecer, o jugándose dramáticamente las pestañas en el casino, o corriendo toda la vida detrás de las mujeres o de los hombres en busca de una madre imposible o de un padre imposible, o haciéndose miembro frenético de un club de fútbol, o filatélico o, en fin, terrateniente. También resulta anestesiante hacerse poeta lírico,

director general, defensor de los gitanos, erudito, capitán general, crítico general, especialista en films de los años treinta, promotor de cultura, coleccionista de mariposas o de conchas marinas, coleccionista de libros, viejos o no, cosmólogo, paleógrafo, jefe de Estado o columnista. Es maravilloso: las marcas de anestésias existentes en el mercado son aproximadamente infinitas... No quiero anestesiarme con la ironía: procedo resumir y puntualizar. Hagámoslo. Los grupos de autoanestesiados son cuatro: aquellos que al anestesiarse no hacen daño a nadie (buenos padres y buenas madres de familia, filatélicos, ludópatas solitarios, coleccionistas de conchas marinas, etcétera); aquellos cuyo anestesiamiento contribuye al bienestar de sus semejantes (grandes profesionales, abogados decentes, amantes del trabajo bien hecho, seres abnegados en general); aquellos que con su anestesiamiento revientan a sus semejantes (enfermos de ambición, enfermos de poder, torturadores, prestamistas desalmados, rentistas de las transnacionales, ideólogos mesiánicos, etcétera); y aquellos que se revientan a sí mismos, aquellos que se rompen, digan o no su palabra nietzscheana. Fuera de esos cuatro grupos no quedan más que algunos lobos aproximadamente esteparios, casi todos artistas, y unos cuantos seres inconcebibles que son tan buenos que nos inducen a pensar en la santidad. Pues bien, Camarón de la Isla fue uno de esos lobos aproximadamente esteparios. Tuvo la fortuna (tuvimos la fortuna) de que afrontase la fatalidad prácticamente a cuerpo limpio, sin anestesia, y eso lo hizo ser un gran artista y, como todo gran artista, un filósofo del desconsuelo. Y cuando la fatalidad le pesó demasiado (para él la fatalidad fue haber nacido mortal, como todos; y también haber nacido gitano en un mundo racista, haber nacido pobre en un mundo despiadado y haber nacido sensible en un mundo brutal), entonces, decepcionado, asustado, se entregó a la horrorosa camaradería de las drogas. Un horror que hoy comparten muchos jóvenes en esta civilización rastrera. Cantar a vida o muerte, vivir a vida o muerte. Ya dije que aquí estamos hablando del flamenco y que esto no es una sesión de zarzuela o una academia en donde se aprendan bailes de salón. Aquí la cosa va realmente en serio. ¿Por qué Camarón de la Isla reunía en sus recitales multitudes de jóvenes no especialistas en flamenco? Desde luego, porque cantaba como un ángel. Como un ángel que llevaba la espada flamígera en las simas de su garganta, que llevaba en su voz una sombra de fuego. Es decir, porque cantaba a vida o muerte. Pero también porque entre esos jóvenes ya se había corrido la voz de que Camarón estaba viviendo a vida o muerte. Esto es: porque, siquiera oscuramente, los jóvenes sabían que Camarón, al estar destruyéndose, se iba convirtiendo en un mártir de esta miserable cultura; se estaba convirtiendo, a costa de su propia vida, en un testigo. En un testigo de las heridas radicales del ser y en un testigo de nuestras sociedades egoístas, acobardadas, anestesiadas y sin porvenir. Veán: no sería de buena educación que piensen ustedes que están leyendo a un apologista de las toxicomanías (¡yo, que sólo me he consentido ser toxicómano del tabaco y que casi todas las semanas sueño con dejar de fumar!). No pretendo decir que a los recitales de Camarón acudían los jóvenes porque ese testigo hubiera sido toxicómano. Pero sí creo que por ser toxicómano los